

Jean JULG, *Les Évêques dans l'histoire de la France des origines à nos jours*, préface de Mgr. Jean-Pierre Cattenoz, Pierre Téqui éditeur, París 2004, 581 pp.

El autor es profesor de Historia en el Institut de Droit et d'Histoire canoniques de la Facultad de Derecho de Aix-en-Provence. Publicó con anterioridad una *Histoire de la démocratie chrétienne en Allemagne fédérale* y un estudio sobre *L'Église et les États, histoire des concordats*, que tuvimos la ocasión de recensionar en *Studia Canonica* (1992). En esta nueva obra, se propone analizar el papel de los obispos a lo largo de la historia de Francia, hasta mostrar el lugar que ocupan hoy en la sociedad civil y política. Este recorrido histórico se enfoca desde el punto de vista del epis copado, y sólo se mencionan los hechos en los que han tenido algún protagonismo.

Divide su trabajo en siete partes. La primera describe los «tiempos heroicos y la salida de la sombra» (pp. 25-68). Es decir, las historias y leyendas relativas a la fundación de los primeros obispados galos: descarta que dicha fundación haya tenido lugar en tiempos apostólicos; y se remonta, para la mayor parte, entre la mitad del siglo III y finales del siglo IV. Luego, el largo período que se extiende del bautismo de Clodoveo hasta la coronación de Hugo Capeto ofrece el pasmoso contraste entre el establecimiento de una dinastía fuerte y el debilitamiento de la Iglesia, sometida a los príncipes temporales.

La segunda parte es una breve descripción de los «combates mediante la palabra y las armas» (pp. 69-107): Reforma gregoriana, tregua y paz de Dios; cruzadas en Oriente y en Francia; el reinado de Felipe el Hermoso; el papado de Aviñón; y el Gran Cisma, que perturbó la vida de la Iglesia tan sólo en lo que a la jerarquía se refiere, ya que ni la sede vacante ni la presencia de dos obispos rivales en la misma diócesis alteraron la fe de los fieles. Más aún, se asistió a un despertar de la fe, que se puso de manifiesto en la *devotio moderna*.

Con «los legistas y las aspiraciones pontificias» (pp. 109-138), el autor pasa revista a las guerras de los s. XII-XIV y al nacimiento del galicanismo —aunque no recibía en esa época tal nombre— con la Pragmática sanción de Bourges, de 1438 (que no dio plena satisfacción a los galicanistas y disgustó a los cabildos), y a su solución a través del concordato de 1516. El profesor Julg se detiene a continuación en el papel del obispo en el mundo medieval: en los poderes temporales, en el ejército, en la jerarquía feudal, en la justicia, con respecto al dinero, en el ascenso de los municipios, en el desarrollo económico, en el mundo intelectual y la literatura. Se puede decir que mientras nacía la Europa actual, las mentalidades habían evolucionado en gran parte debido el influjo de la Iglesia.

El intitulado de la cuarta parte puede parecer paradójico, ya que conjuga «renovación, guerras fratricidas y nuevo auge» (pp. 139-216), o sea el arco del s. XVI. Los obispos aplicaron el concordato y se enfrentaron a la Reforma, que no trastornó tanto a la Iglesia de Francia como a la del Imperio germánico. Los obispos participaron en el Concilio de Trento, cuyos decretos empezaron a aplicarse debido a la voluntad de algunos de ellos, pero sin que fuesen oficialmente recibidos en el reino. Finalmente, el autor se detiene en las ocho guerras de religión que ensangrentaron el país de 1562 hasta 1598: muchos edificios religiosos y archivos desaparecieron, sin contar los millares de muertos. La paz lograda era engañosa, ya que el Edicto de Nantes se aplicaba sólo en parte y lentamente. Es de notar la oposición de los cabildos a la creación de los seminarios diocesanos.

De ahí que el autor pueda hablar, en la siguiente parte, de «sucesos y tormentas» (pp. 217-375). Es la parte más larga de la obra, y cubre los siglos XVI y XVII. Después de describir los hechos históricos del reino de Francia, el autor se detiene a estudiar distintas cuestiones: el nombramiento de los obispos, los grandes problemas doctrinales debatidos por el

jansenismo y el quietismo, la vida cotidiana de los obispos, sus riquezas, pero también sus obras humanitarias en cuanto bienhechores de la humanidad, su participación en la vida literaria y la adhesión de algunos de ellos a la filosofía ilustrada. Esta parte considera también los obispos de la Nueva Francia, o sea, del Canadá y San Pedro, y Miquelón, y la actitud diversificada de los obispos en la Revolución de 1789, que conllevó la destrucción del marco político y social en el que los obispos habían sido nombrados, habían vivido y ejercido sus funciones.

Aparece un nuevo mundo, con una Iglesia constitucional, separada de Roma. Es mérito de Napoleón haber apaciguado la situación y hacer que Francia volviese a ser una nación católica gracias a la «armonía concordataria» (pp. 377-435). Tras detallar la normativa del concordato de 1801, y la vida de los obispos bajo el régimen napoleónico, el autor describe el proceso que llevó desde la armonía concordataria hasta la separación republicana, o sea todo el período del siglo XIX. La Cuestión romana, el auge del liberalismo, el problema social, pero también la hipotética vuelta al régimen monárquico, fueron asuntos en los que participaron los obispos.

La última parte describe «la ruptura» (pp. 437-479), con un apartado primero sobre la separación de las Iglesias y del Estado, pero sin más apartados. Con la separación de 1905, la Iglesia consiguió la libertad en unas circunstancias que no eran de su agrado, pero conforme a los deseos de los pensadores católicos liberales como Lamennais y Montalembert. Considerada como la peor de las pruebas, permitió sin embargo el nacimiento de un episcopado nuevo, nombrado por primera vez en la historia sin interferencia del poder civil. Alsacia y Lorena ocuparon un lugar a parte, ya que quedan bajo el régimen del concordato de 1801, cuya abrogación fue periódicamente reivindicada por un sector de la opinión pública. El «affaire» de la Acción francesa, la colonización, la segunda Guerra mundial, con la ocu-

pación de Francia por los ejércitos nazis, supusieron otros tantos temas en los que los obispos se posicionaron. Julg acaba esta parte con la presentación de los nuevos obispados erigidos en los siglos XIX y XX y la modificación del mapa administrativo de la Iglesia en Francia realizada el año 2002.

La conclusión, «hacia el futuro» (pp. 481-502), permite pensar que los obispos se han conformado a las enseñanzas de los Romanos pontífices, aun cuando su historia no se confunde con la de la Iglesia. Han estado siempre muy cercanos a los acontecimientos del país. Hoy en día, no intervienen en los asuntos políticos al no ser ya diputados ni ministros. El lugar que ocupan en el Estado laico está muy por debajo de lo que tuvieron en los anteriores siglos. Sin embargo, no son extraños a los grandes acontecimientos nacionales e internacionales. No dudan en hablar en un mundo que les es, a menudo, hostil, asegurando de este modo «la continuidad de su misión espiritual en medio de la tormenta de la historia».

En los anexos, el autor presenta una breve biografía de algunos prelados más señalados, escogidos en función de sus peculiaridades. Sigue la lista de las principales fechas del Antiguo régimen (pp. 517-522), la de los obispos murieron en el exilio durante la Revolución francesa, 58 en total (pp. 523-526), una bibliografía (pp. 527-533) y finalmente el *index nominorum* (pp. 535-573).

El epígrafe sobre la «Nueva Francia» nos hace pensar que habría sido oportuno dedicar unos párrafos a los obispos franceses en las colonias y en los territorios de ultramar, que siguen siendo departamentos de la República.

Como señala el arzobispo de Aviñón en el prefacio, la historia descrita por el profesor Jean Julg no ignora las sombras y los comportamientos poco evangélicos de algunos obispos. «La lectura de este libro me ha conmovido mucho, y también herido mucho, por los escándalos que expone; pero al final, me maravillo todavía más ante el misterio de la Igle-

sia: a pesar de tanta pobreza, ha atravesado y atraviesa la historia para llegar a los hombres de hoy y anunciarles el misterio» de Dios.

El trabajo del profesor Julg constituye una verdadera suma, y ofrece una cantera inagotable de datos históricos y biográficos.

D. Le Tourneau

Fermín LABARGA (coord.), *Rosarium. Devoción y arte en la Rioja*, Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, Logroño 2004, 182 pp.

Del 18 de diciembre de 2003 al 2 de febrero de 2004 tuvo lugar en el Claustro de Santa María de Palacio, en Logroño, una exposición organizada por el diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño con motivo del *Año del Rosario*, convocado por Juan Pablo II en su carta apostólica, *Rosarium Virginis Mariae*. Su comisario, Dr. Fermín Labarga, profesor de la Universidad de Navarra, ha coordinado la edición del catálogo, que ahora presentamos, al que antepone una extensa y brillante introducción.

El volumen consta de dos partes, divididas en tres capítulos. La primera, de 65 páginas, es la introducción, que consta de dos capítulos. En el primero, Labarga expone la historia de la devoción del Rosario. En el segundo capítulo, más específico, narra la historia de esta devoción en la Rioja. El catálogo propiamente dicho viene en la segunda parte.

La historia del Rosario, «quizás la devoción mariana más popular» (p. 17), quedó fijado como se conoce ahora en el siglo XVI, en tiempos de San Pío V. La influencia de cistercienses y cartujos y la vinculación con la Orden de Predicadores están bien descritas en la introducción. El auge de esta devoción se sitúa en el siglo XVI, con la implantación de las cofradías del Rosario, su arraigo en la primera evangelización americana, así como su influencia en la batalla de Lepanto. El impulso dado por los papas y sus variantes en el modo de implantarse en la vida litúrgica y espiritual

está analizado con amplitud en las páginas siguientes, que abarcan desde el Barroco hasta el momento presente.

El Rosario en la Rioja (pp. 47-65) ofrece, quizá por primera vez, un estudio sistemático de esta devoción, que comenzó en Logroño en 1240 y que ha ido creciendo a lo largo del tiempo, dejando un rastro amplio y variado en la representación artística riojana. Por ello, la exposición no sólo conmemora el *Año del Rosario*, sino que expresa la raigambre multisecular de esta devoción en tierras riojanas.

La segunda parte de la obra es el catálogo de la exposición (pp. 67-179). A cada obra se dedican dos páginas: a la derecha, una fotografía de la obra expuesta, y a la izquierda, una detallada descripción de la misma (dónde se encuentra, dimensiones, autor y fecha de realización) y un texto sobre su historia. En la redacción de estas fichas han colaborado: Fermín Labarga, José Manuel Ramírez Martínez, José Antonio Saavedra García y José María Torres Pérez.

La segunda parte, es decir, la exposición, consta de variados elementos: las puertas de la Iglesia parroquial de Zarzosa, en que están pintados los quince misterios; magníficas tallas de la Virgen del Rosario, de Santo Domingo de Guzmán, de los Beatos Mena y Navarrete; cuadros y tablas sobre los mismos temas; anti-guos devocionarios de las cofradías del Rosario; telas con grabados para escapulario del Rosario; rosario antiguos elaborados en plata, coral, azabache; faroles y estandartes procesionales utilizados en el rezo del Rosario (todavía se utilizan estos últimos en la Basílica del Pilar de Zaragoza); exvotos, sermones sobre el Rosario, etc. La exposición se articuló en torno a los veinte misterios: los quince tradicionales y los cinco *Luminosos* introducidos por Juan Pablo II. Cada uno de ellos estaba ejemplificado con tallas, tablas o cuadros alusivos, procedentes de diferentes iglesias y museos de La Rioja.

El libro, esplendoroso desde el punto de vista tipográfico, debe ocupar un lugar desta-